

## **El pobre Pedro**

—Ha llegado el momento de tomar una decisión. —Desde la cubierta, el capitán alza la mirada más allá de sus tripulantes. Aferrado a su fusil con autoridad, otea ese océano de óxido que rodea a la nave: los desechos que la humanidad ha vertido sin piedad, aquellos icebergs de basura que navegan sobre la inmensidad del agua corrosiva—. Y como responsable del barco, les digo la verdad.

El barco navegaba a la deriva, los marinos desesperados. La mítica tormenta de los Vientos Envenenados les había cambiado el rumbo. Se encontraban perdidos en un infierno líquido que, según el capitán, era conocido como el Mar de La Gran Lagartija. La última rata había sido devorada ese mismo día, el aroma de la carne asada seguía en el aire. Ya no quedaba nada, ni siquiera bichos. Tampoco se salvaron las asquerosas cucarachas gigantes, todo había sido consumido. Pasaban los días inmersos en un silencio trágico. Sólo contaban con el agua del mar, que bebían después de procesarla. Los dolores de tripas eran insostenibles, calambres agudos llamaban al descontrol. Ya ni se miraban. Nadie se atrevía a nada, todos desconfiaban de todos.

El capitán sabía de hambrunas acontecidas en otros navíos, pero nunca había atravesado una situación parecida. Era tiempo de actuar.

Parado sobre la borda y sin atisbo de duda, les dijo con autoridad:

—El médico de la nave nos revisará a todos y dictaminará quién es el más débil.

Uno de los marinos levantó la mano, y con voz trémula le preguntó:

— ¿Y qué pasará con el elegido?

Otra vez el silencio. El capitán se quitó la gorra, acarició la culata del fusil, limpió el sudor de su frente y respondió:

—Sea quien sea y sin excepciones, será sacrificado.

El aire era irrespirable, todos esperaban lo imaginado.

—Y esa carne prohibida podrá ser nuestra salvación. Será el pasaje a la conquista de algo que existe más allá de esta historia. —El capitán pensaba, y observaba a su tripulación—. Si no lo hacemos así —siguió diciendo—, empezaremos a delirar, y de todos modos nos comeremos unos a otros como bestias. Ya puedo notar signos alterados en sus expresiones. Debemos resolverlo con nuestro pensamiento y con la aprobación de todos. Con un cuerpo podremos alimentarnos durante algunos días, y tal vez encontrar la tierra buscada. Será un cuerpo, o dos..., o quién sabe cuántos. Pero no hay otra salida. Piensen, tienen una hora para decidir.

El murmullo de la tripulación ascendió por las velas. Las palabras del capitán sonaban coherentes. Pero... ¿cómo sería comerse a un camarada? ¿Quién lo sacrificaría? ¿Quién lo asaría igual que a las ratas? Sonaba aberrante, y no tenían escapatoria. Uno o dos días más de hambre, y se atacarían con aquella naturalidad de quien busca sobrevivir. Cada miembro de la tripulación se convertiría en una bestia, o en algo mucho peor.

Luego de pensarlo, los hambrientos tripulantes deciden aprobar la sugerencia del capitán. La suerte está echada, el médico los revisará uno por uno. Un silencio muerto flota, el médico será el ejecutor de un designio reservado a la fuerza del Misterio. Él es el más adecuado para decidir quien deberá ser sacrificado, ya sabe quién es el más débil. Todos lo saben, pero nadie toma la terrible determinación.

Uno, el más enclenque, da un paso al frente y dice:

—Todos lo saben. Yo también lo sé. No podré resistir mucho más. ¿Un día, acaso dos? Ya estoy listo. Tomen mi cuerpo y salven sus vidas. Mi carne será el alimento que los salvará a todos. Ya estoy preparado. Ahorremos sufrimiento. ¡Por favor!

Todos se miran. ¿Quién matará al pobre Pedro? ¿Se atreverán a comer su carne?

Cada minuto es crucial. Pedro está ahí, listo, entregando su vida por una causa noble y justa. Pero... ¿qué dirá el Universo? ¿Qué pensará Dios? ¿Qué pensarán las leyes de la existencia?

Pedro se adelanta unos pasos, coloca el caño del fusil del capitán en su cabeza.

— ¡Dispare, capitán! —grita con fuerza inhumana.

El capitán aparta el arma.

— ¡Dispare, hijo de puta! ¡Dispare! ¡Dispare! Es una orden. ¡Dispare!

Nadie olvidará ese disparo. Nadie olvidará el grito del pobre Pedro. Y nadie olvidará, aunque logre vivir mil años, la visión fantasmal de los peñascos surgiendo entre las tinieblas del amanecer: habían llegado.

**Juan Pomponio.** Escritor – Poeta – Buenos Aires. [juanpomponio@gmail.com](mailto:juanpomponio@gmail.com)